

LA POLITICA EN LA GRECIA ANTIGUA (s. V a C.)

ORLANDO R. GUNTIÑAS TUÑÓN

Dignísimas autoridades, señoras, señores, alumnas y alumnos.

En primer lugar, quiero expresar mi agradecimiento al ilustrísimo señor director del centro asociado de la UNED de Las Palmas, don Cristóbal García Blairsy, por haberme brindado la oportunidad de dirigirme a todos ustedes en esta ocasión solemne, como es siempre la conferencia programada dentro de los actos de apertura de un nuevo curso académico.

Con mucho gusto acepté el ofrecimiento movido por dos razones: la primera, por considerar que la ocasión constituye un brillante broche —lo de brillante va por el acto, no por mi modesta aportación— a diez años largos de dedicación a la UNED en este centro, como profesor tutor de griego y coordinador de Filosofía y Letras, precisamente ahora que he tenido que dejar estas tareas por un traslado voluntario; la segunda razón es de otra índole, pero, al fin y al cabo, está relacionada con la anterior, y es que, dentro de la apertura, el interés y la curiosidad científica por todos los temas que debe caracterizar a la Universidad y al universitario, no puede faltar la aportación de la cultura clásica, siempre soslayada y poco conocida en nuestro país, y este acto es una ocasión magnífica para tratar algún aspecto de la cultura griega y pienso que no hay que desaprovecharla, pues, como dice el refrán, a «la ocasión la pintan calva».

He dicho que la cultura clásica antigua ha sido soslayada y, por consiguiente, poco conocida en España. No nos parecerá extraño si pensamos en un Georges Clemenceau, presidente de la República francesa, autor de un libro sobre el orador Demóstenes publicado en 1924; en un Charles De Gaulle, profesor y gran conocedor de los estudios clásicos; en un Pompidou, etc., todos del país allente el Pirineo, por no recordar sino lo más cercano, o en un

NOTA: Lección inaugural del curso 1983-84 leída en el Centro Asociado de la UNED de Las Palmas, el día 21 de octubre de 1983.

Werner von Braun, el padre de la Astronáutica, helenista por formación y afición, que termina una conferencia en Estados Unidos con estas palabras: «Todo esto es posible gracias a que hubo en la antigüedad un pueblo griego...»

¿No es sintomático también que el flamante premio Nobel de Literatura William Golding dedique sus horas libres al estudio de la lengua griega en la Royal Navy durante la segunda guerra mundial y que conozca perfectamente esta lengua y el latín? ¹.

Si recordamos esto, el alejamiento nos parecerá mayor aún. Hemos llegado tarde a estos estudios por diversas causas que arrancan de la Contrarreforma y en un momento en que los demás países ya están de vuelta, y nunca han sido profundos —salvo honrosas excepciones— ni generales. Los estudiantes que optan por estas materias en su mayoría sólo llegan a vislumbrar lo que hay detrás en sus breves escauceos clásicos, si no se quedan abrumados por las dificultades iniciales que presentan los textos, reflejadas tan gráficamente en aquella anécdota que recoge J. Alsina del alumno francés a quien su padre le dice:

—«Ça n'a aucun sens, ce que tu as écrit là!

—Mais, papa, répondait le file, c'est une traduction ².»

El tema elegido para esta conferencia es poco conocido en algunos de sus aspectos, creo. Lógicamente, hay que ceñirse a una época y a un lugar determinados, pues no podemos abarcar todo el período de la vasta cultura griega antigua. Por eso vamos a poner unos límites, demasiado amplios incluso para una breve conferencia, y fijarnos en los hitos más sobresalientes de la Atenas del siglo v a. C.

Es un consabido tópico al estudiar la historia de una ciencia partir de la etapa griega, porque, efectivamente, la filosofía, la historia, el arte, la filología, la geometría, la matemática, la medicina, las ciencias naturales, etc., nacen como tales ciencias en Grecia. Pues de los mismos manantiales surge la política. Como hay una *téchne rhetorike*, hay también una *téchne politike*, un arte, una ciencia, una teoría política y una *arete politike*, una virtud política. Los antiguos griegos son conscientes de ello y hablan y citan expresamente esta materia entre las numerosas ramas que salen de las dos fundamentales —*mousike* y *gymnastike* o cultivo del espíritu (letras y ciencias) y cultivo del cuerpo (ejercicio físico, deporte) en que se bifurca el gran tronco del saber, de la *paideia* o cultura ³.

¿Cuál es, en definitiva, la obsesión del divino Platón sino la política? No hace falta ser muy perspicaz para darse cuenta de que lo que quiere el gran filósofo es poner la filosofía —para él la cúspide de la pirámide del saber— al servicio de la política. La conocida cita del final del libro v de la *República*: «A menos que en las ciudades los filósofos sean reyes o los reyes

¹ Cf. *El País*, viernes 7 de octubre de 1983, Cultura-29.

² J. Alsina, *Literatura griega*, I-II, Barcelona, 1967, p. 434.

³ Platón, *Rep.*, 376 e 2-4.

ahora mencionados y los gobernantes sean filósofos auténticos y capaces y venga a ser lo mismo poder político y filosofía..., no cesarán los males de la ciudad, oh amigo Glaucón, y creo que tampoco los del género humano⁴», lo deja bien claro y no es, en el fondo, más que un reflejo del concepto socrático que equipara virtud y saber, vicio e ignorancia. ¿Cómo va a gobernar bien y procurar la felicidad de los ciudadanos el pueblo ignorante que no sabe lo que es el bien y que es incapaz de redactar leyes justas para conseguir esos fines? ¿Qué es toda la *República* sino un intento de organizar utópicamente la sociedad entera? ¿Y no son las *Leyes* un proyecto político más pegado a la realidad de sus días?

Platón en su juventud pensó dedicarse a la política activa como otros miembros de su aristocrática familia (Solón, Critias, Cármides...), pero acaba dolido con la experiencia de los Treinta —su pariente Critias era el principal responsable—, que no respetan ni la vida de sus ciudadanos, y amargado del régimen democrático restaurado por Trasibulo en el año 403 a. C. que, cuatro años más tarde, acabará condenando a muerte a su maestro Sócrates. El propio Platón nos cuenta así su desengaño: «Tenía el proyecto, para el día en que pudiera disponer de sí mismo, de entrarme en seguida por la política... Yo me hice unas ilusiones que nada tenían de sorprendente a causa de mi juventud. Me imaginaba, en efecto, que ellos (los Treinta) iban a gobernar la ciudad, conduciéndola de los caminos de la injusticia a los de la justicia... Ahora bien, yo vi a estos hombres hacer que, en poco tiempo, se echara de menos el antiguo orden de cosas, como si hubiera sido una edad de oro... A la vista de todas estas cosas... me sentí lleno de indignación y me aparté de las desgracias de esta época. Muy pronto cayeron los Treinta y con ellos cayó su régimen. Nuevamente, aunque con más calma, me sentía movido por el deseo de mezclarme en los asuntos del Estado... Los que en aquel momento regresaron (Trasibulo y los suyos) utilizaron una gran moderación. Pero (yo no sé cómo ocurrió esto) he aquí que gentes poderosas llevan a este mismo Sócrates, nuestro amigo, y presentan contra él una acusación de las más graves que él ciertamente no merecía en manera alguna..., procesaron... e hicieron morir al hombre que no había querido tener parte en el criminal arresto de uno de los amigos de aquéllos, desterrado entonces, cuando, desterrados, ellos mismos estaban en la desgracia. Al ver esto, y al ver los hombres que llevaban la política, cuanto más consideraba yo las leyes y las costumbres y más iba avanzando en edad, tanto más difícilmente me fue pareciendo administrar bien los asuntos del Estado»⁵.

Pero no vamos a centrarnos ahora en Platón, pues su obra pertenece al siglo IV.

⁴ Platón, *Rep.*, 473 c-e.

⁵ M. Araújo, *Platón. Obras completas, trad. del griego, preámbulo y notas por...* Madrid. 1972. p. 1570 (carta VII).

El siglo que nos ocupa se abre con las guerras médicas o guerras de los griegos contra los persas y se cierra con la guerra del Peloponeso, que acaba en el año 404 a. C. con la derrota de Atenas por Esparta y sus aliados. En medio queda un largo período de relativa paz y esplendor de Atenas que recogió los frutos de la victoria sobre el imperio persa por su función de *hegemon* o guía en las campañas contra el invasor asiático. Esta influencia se plasma en la liga atico-délica, creada después de las guerras médicas, que llegó a contar con cuatrocientas *pólois* o ciudades-estado, cuya presidente ostenta Atenas.

Una visión histórica del desarrollo político no puede soslayar a Solón, aunque sea muy anterior, de comienzos del siglo vi, verdadero creador o reorganizador de las instituciones de la *pólis* ateniense (Consejo de los cuatrocientos, *Ekklesia* o asamblea popular...), que introduce un principio fundamental y renovador para su época como fue basar la participación de los ciudadanos atenienses en la vida política en sus ingresos y no exclusivamente en la nobleza de su sangre, abriendo la entrada a los cargos del gobierno de la *pólis* a amplias capas de la población y limitando los antiguos privilegios de los nobles o eupátridas.

Solón tiene clara conciencia de su papel de moderador: «Me mantuve en pie, dice, colocando ante ambos bandos mi fuerte escudo y no permití que ninguno de ellos venciera contra la injusticia⁶.» Está como un hito o mojón entre la voracidad de los nobles eupátridas y la miseria de los desposeídos que reclaman el *anadasmós* o reparto de tierras.

Pero centrémonos ya en el cuadro que habíamos marcado. Primero vamos a observar, como espectador distante, los hechos más importantes del acontecer político, y luego examinaremos el trasfondo que lo justifica y al mismo tiempo lo ha hecho realidad, esto es, consideraremos dos planos: las realizaciones, la práctica, la *praxis* política y, por otro lado, la explicación, la filosofía o pensamiento, la *teoría* política que está detrás de los hechos.

I. La praxis política

A caballo del siglo vi y v tropezamos con una figura clave de la política ateniense, Clístenes, que acaba con la tiranía de los Pisistrátidas. Trasíbulo conseguirá que en el siglo v termine gobernando en Atenas el partido democrático, el partido del *demos*, restaurando la democracia después del breve paréntesis del régimen tiránico de los Treinta impuesto por la vencedora de la guerra del Peloponeso, Esparta, en el año 404 a. C., como dijimos antes. Y entre ellos tenemos figuras tan señeras como Temístocles, Arístides, Cimón, Efiltes, Pericles, Tucídides el de Melesias, Cleón, Alcibiades, etc. Oligarcas y *démos*,

⁶ F. R. Adrados, *Líricos griegos, elegíacos y ambógrafos arcaicos*, Barcelona, 1956, página 192, fragm. 5.

en realidad, se mantienen casi equilibrados en lo que al poder se refiere hasta el año 444-3 a. C. Aristides, Cimón, Tucídides el de Melesías son jefes oligarcas de gran prestigio, pero no los dejan atrás Temístocles, Efiltes, Pericles, guías del partido de la mayoría. Mas en ese año se rompe el equilibrio. Pericles consigue desterrar a su rival Tucídides, que tenía casi la misma autoridad que él por esa época, según Plutarco, y logrará mantener su influencia durante quince años, hasta su muerte en el 429 a. C., víctima de la peste. La causa del ostracismo fue, al parecer, el proyecto de Pericles para reconstruir la acrópolis, arrasada por los persas como toda la ciudad en los años de la guerra, con el tesoro de la liga atico-délica. Tucídides y su grupo se opuso por considerarlo contrario a los fines de la liga y vejatorio para los demás griegos, es decir, defendiendo un panhelenismo igualitario⁷, e intentó desprestigiarlo a los oligarcas que eran quienes pagaban el tributo— y Tucídides ganó los votos y proponer una moción en contra de Pericles. Este reaccionó con habilidad—se jugaba su futuro político y el interés de la mayoría como su rival defendía necesarios para ser condenado al ostracismo.

La labor fundamental de Clístenes, que «recibió al pueblo en su partido»⁸, dice Heródoto, consistió en la reorganización de las tribus y de su distribución territorial, dato fundamental para cambiar la estructura social, diríamos hoy. Para ello divide el Atica en treinta secciones o distritos agrupados en tres zonas: diez en la capital, diez en la zona costera y diez en la zona del interior o del campo; y los agrupa en diez tribus en lugar de las cuatro anteriores. Cada tribu estará formada por tres secciones: un tercio o *trittys* en la capital, otro en la zona de la costa y un tercero en el interior, mezclando así la población del Atica, cosa que no ocurría antes⁹.

La intención real que hay detrás de esta redistribución es arrancar a los nobles el dominio que ejercían sobre las antiguas divisiones de las tribus a través de las *fratrias* imponiendo dentro de la organización de la *pólis* un principio territorial sobre el antiguo principio gentilicio, construir una ciudad homogénea, formada por ciudadanos semejantes e iguales con los mismos derechos de participación en la gestión de los asuntos públicos, y al mismo tiempo superar la oposición entre el campo y la ciudad y tratar de evitar la formación de grupos clasistas cuyas diferencias habían originado las luchas de clases a lo largo del siglo VI y originado la tiranía de Pisístrato. A pesar de todo, el equilibrio se mantiene entre los nobles y el pueblo, pues no suprime las cuatro

⁷ Domingo Plácido, «Protágoras y Pericles», *Hispania antiqua*, II (1972), p. 10.

⁸ Heródoto, V, 66. Obsérvese que Heródoto, para caracterizar la monarquía de los persas frente al régimen de los griegos, dice: «La monarquía puede hacer lo que quiere sin rendir cuentas» (Heródoto, III, 80-82). Esquilo, en *Los persas*, pone en boca de Atossa las mismas palabras: «Si fracasa, no tiene que rendir cuentas y, aunque vuelva, siempre será amo de esta tierra.» A esta *euthyne* o rendición de cuentas estaban obligados los cargos más importantes al acabar el período de su mandato. (Cf. A. J. Festugière, *Libertad y civilización entre los griegos*, Buenos Aires, 1972, pp. 14 y 15.)

⁹ Aristóteles, *Constitución de Atenas*. XXI. 1-4.

clases del censo de Solón¹⁰ y se conservan las instituciones anteriores y, por ello, los cargos más importantes siguen reservados para los más afortunados¹¹.

En adelante, el *demos* será fundamental en la organización social y política. Los nuevos responsables de este pequeño núcleo sustituyen al jefe de familia y rompen los vínculos religiosos tradicionales. Los responsables, *demarchos* o jefes del *demos*¹² acceden al cargo por elección de la asamblea local, así como el pequeño consejo del mismo. Para la mayoría de los atenienses el *demos* lo era todo e incluso para un hombre con ambiciones políticas. El ateniense fue reconociendo poco a poco, en el *demos* que compararía con su vecino aristócrata, un indicio seguro de su igualdad de independencia¹³. No es de extrañar, pues, que este término, con el correr del siglo v, viniera a ser sinónimo del partido democrático, del partido de Clístenes¹⁴.

Asimismo, Clístenes reorganiza las instituciones tomando la tribu como unidad administrativa. La *Boule*, o Consejo, pasará de cuatrocientos consejeros a quinientos, es decir, cincuenta por tribu. Estos cincuenta *bouleutai* o consejeros forman la *prytania* o comisión que durante treinta y seis días garantiza la solución de los problemas ordinarios o urgentes (diez prytanías al año de treinta y seis días o en los años intercalares seis prytanías de treinta y siete días y cuatro de treinta y seis).

De este modo, el calendario político o laico —año de trescientos sesenta días o de trescientos sesenta y seis el año intercalar— sustituye al calendario religioso anterior.

Cada tribu forma también su sección de hoplitas o ejército de a pie, con su estratega o general al frente y, más tarde, su escuadrón de caballería con su *phylarcho* o jefe. También sortea los 50, 100 ó 200 jueces para formar parte de la *Heliea* o tribunal popular.

La organización social y política está presidida, pues, por los números (3, 5, 10...) y el sistema decimal se impone sobre el arcaico sistema duodecimal: doce meses, doce grandes dioses, cuatro tribus de tres secciones cada una, etc., ligado a la religión.

Es significativo que el reaccionario Platón¹⁵ volverá al sistema duodecimal religioso: doce tribus, 5.040 lotes de tierra (múltiple de doce), doce dioses.

¹⁰ J. P. Vernsat, *Pensamiento y mito en la Grecia antigua*, Barcelona, 1973, pp. 218 y ss.

¹¹ Tucídides reconoce: «En lo que respecta a las dignidades, cada uno, según el mérito que lo distingue, es comúnmente preferido para los empleos públicos, no a causa de su partido, sino de sus virtudes.» (Trad. de Festugière, p. 17, Tuc. II, 36.)

¹² Equivalentes, si se permite la comparación, a los alcaldes actuales.

¹³ M. A. Galiana, *Esparta y Atenas. La democracia ateniense* (Cuadernos de Estudio, 4, Historia Universal), Madrid, 1979, p. 27.

¹⁴ La palabra democracia, *demokratía*, aparece en Tucídides y en *La república de los atenienses*, pero no antes. Probablemente la introdujeron los sofistas. Solón utiliza el término *eunomía* (buen gobierno) y en tiempos de Clístenes se habla de *isonomía* (igualdad de derechos). Tucídides la define así: «Se llama con el nombre de democracia por gobernar para la mayoría y no para unos pocos.» (Tuc., II, 37.)

¹⁵ *Leyes*, 745 b-e.

Espacio y tiempo se modelan en Platón de nuevo sobre el orden divino del cosmos. El centro es la acrópolis y no el ágora de Clístenes. Como *Hestia* (la diosa Hogar) ocupa el centro de la casa, así en el centro de la ciudad, en el ágora, está el ara de *Hestia koiné*, el Hogar común, y el *bouleutérion* o local del Consejo, y al lado la *thólos* donde se reúnen los pritanos. Este centro, que traduce en el espacio los aspectos de homogeneidad e igualdad y no los de diferenciación y jerarquía ¹⁶.

Se ha hablado de una »democracia decimal« cuya novedad y trascendencia subrayan estas palabras de O. Murray ¹⁷: «La introducción de una democracia decimal posee una coherencia intelectual que demuestra, por primera vez, la aplicación sistemática de la razón cuando se trata de crear un sistema de gobierno ¹⁸.

También se atribuye a Clístenes la implantación del *ostracismo* o destierro temporal que permitirá a la Asamblea una vez al año alejar de Atenas durante diez años a un ciudadano si recae sobre él la sospecha de que aspira a un poder personal contrario al régimen democrático. El procedimiento preveía dos votaciones: en la sexta pritanía se planteaba en la Asamblea la cuestión de si había lugar o no a un ostracismo. En caso afirmativo, en la séptima u octava, en una Asamblea extraordinaria, se efectuaba la votación. Cada ateniense presente escribía en un trozo o tejuelo de cerámica —*óstrakon*—, de ahí el término ostracismo, el nombre del político que convenía mantener alejado de la ciudad.

Durante el siglo v fueron desterrados por este sistema hombres tan ilustres como Alcibíades el antiguo y Megacles, colaborador el primero y sobrino el segundo de Clístenes, Temístocles, Jantipo, padre de Pericles, Arístides, Cimón, Tucídides el de Melesias e Hipérbolo. El primero atestiguado históricamente fue Hiparco, en el año 487 a. C.: «de los jefes malditos el que más daño ha hecho», dice una inscripción ¹⁹.

¹⁶ J. P. Vermant, *Pensamiento y mito en la Grecia antigua*, pp. 218 y ss.

¹⁷ O. Murray, *Historia del mundo antiguo, Grecia antigua*, Madrid, 1981, pp. 250-51.

¹⁸ Hablando de números, no deja de ser muy curiosa la afirmación atribuida a Platón: «Dios usa siempre la geometría.» B. Farrington recoge la cita de Plutarco y las opiniones de sus interlocutores sobre esta frase célebre. Una de ellas es la siguiente: «Se dice que Licurgo desterró de Esparta el estudio de la aritmética, porque era popular y democrática en sus consecuencias, e introdujo la geometría porque era más apta para una oligarquía y monarquía constitucional. Las matemáticas, por su parte, al estar fundamentadas en los números, distribuyen las cosas por igual; la geometría, basada como está en las proporciones, distribuye las cosas según el mérito. Por ello, la geometría no es fuente de confusión en el estado, sino que por ella se ejerce un importante efecto de distinción entre hombres buenos y malos, que se ven así compensados, no según la importancia o la casualidad, sino por la misma diferencia existente entre virtud y vicio. Este sistema geométrico es el sistema proporcional aplicado por Dios a las cosas.»

B. Farrington resume estas opiniones así: «En este capítulo se demuestra que la aritmética es democrática y la geometría oligárquica y que Dios prefirió esta última.» (B. Farrington, *Ciencia y política en el mundo antiguo*, Madrid, 1965, pp. 22 y 25.)

¹⁹ O. Murray, *Historia... Grecia antigua*, p. 257.

Subrayemos la importancia de la obra de Clístenes con estas palabras de O. Murray: «Clístenes creó los elementos esenciales del sistema de gobierno ateniense, tal como existiría a lo largo de los doscientos años subsiguientes: el tipo de gobierno más democrático que se haya organizado hasta el presente»²⁰.

Entre la batalla de Maratón y la de Salamina (años 490 y 480 a. C., respectivamente) se da otro paso importante en la limitación de los derechos de los privilegiados. En el año 487 los nueve arcontes, hasta entonces los magistrados más importantes, pasarán a ser designados por sorteo entre candidatos de las dos clases superiores de Solón.

El sorteo como procedimiento para cubrir cargos se utilizará cada vez con más frecuencia y será considerado como una de las piedras angulares de la democracia griega. Se introdujo este procedimiento para impedir que los más poderosos influyesen en las elecciones presionando a los electores. Los numerosos jueces de la Heliea también eran designados por sorteo. Aristóteles, en la *Constitución de Atenas*, nos escribe el *kleroterion* o máquina de la suerte, diríamos, que selecciona los nombres de los jueces que constituirán el tribunal, introduciendo en diez ranuras —una para cada tribu— una especie de tablilla o ficha.

Hay que atribuir a Temístocles el cambio de procedimiento para designar a los arcontes, que debilitaría la institución, y sobre todo la ampliación de poderes de los diez estrategas o generales, en un principio por la preeminencia de los órganos militares en una época en que el interés prioritario era asegurar la defensa de Atenas frente al persa. Los estrategos serán reelegibles; en cambio, los arcontes no. En consecuencia, en adelante veremos que la influencia que en épocas anteriores correspondía a arcontes como Solón y Clístenes, etc., ahora pasará a estrategos como Temístocles, Cimón, Pericles, etc., reelegidos en años sucesivos. La posibilidad de reelección se justifica por los conocimientos especiales que exige el cargo y por la situación de guerra del momento, aunque luego seguirá manteniéndose y es una constante en Atenas. Platón acabará convirtiendo al soldado en una clase profesional de guerreros, los *phylakes* o guardianes, al lado de los artesanos y los gobernantes. Y ya mucho antes que él los proyectos o planos de la ciudad de Hipodamo de Mileto implicarán esta novedad de la especialización de la función militar.

Sobre este punto *La república de los atenienses*, 1, , dirá más tarde: «El pueblo no exige en absoluto participar de todos aquellos cargos de los que depende la seguridad o son un peligro para todos, según que estén bien o mal desempeñados —no creen que deban participar en el sorteo de los cargos de estratega ni de jefe de la caballería. Efectivamente, el pueblo opina que es mucho más ventajoso para él no desempeñar estos cargos sino dejar que los

²⁰ O. Murray, *ibid.*, p. 250.

²¹ Temístocles construirá también las murallas de Atenas y el Pireo sorteando con gran habilidad la oposición de Esparta, que veía con recelo cualquier fortificación fuera del Peloponeso. (Cf. Tuc., I, pp. 89 y ss.)

desempeñen los más poderosos. El pueblo, en cambio, busca todos aquellos cargos que aportan un sueldo y beneficio para su casa.»

Temístocles impulsa la política naval aprovechando la coyuntura bélica, pues ve la derrota de los persas en el dominio griego del mar. El descubrimiento de un nuevo filón en las minas de plata del Laurión, en el suro del Atica, le facilitará los medios para costear la flota. Sus proyectos se verán cumplidos y sobre todo la victoria naval de Salamina le dará la razón y aumentará su prestigio. El futuro de Atenas está a partir de ahora marcado: será el mar. Pero no olvidemos que Temístocles es el jefe del *demos*, de las clases comerciantes y de los jornaleros que trabajan en la flota o en las naves de carga, y con sus proyectos navales está al mismo tiempo favoreciendo a sus partidarios y a la mayoría, es cierto²¹. Lo que está pensando es desarrollar enormemente las posibilidades de su grupo hasta entonces muy inferiores a las de los ricos oligarcas. En adelante se podrá hablar ya de un grupo o partido agrario conservador cuyos intereses están en las tierras y de otro marítimo y democrático cuyos intereses están en las naves. Y hay un equilibrio o armonía entre todos, pues lo común los une y no los separa. El objetivo común prioritario y urgente es librarse de la esclavitud del persa, primero, y luego recoger las mieles del triunfo y reconstruir la arrasada Atenas.

Temístocles sufrirá el destierro (año 471 a. C.), recelosos los atenienses de su poder e influencia, pero también su rival, Aristides el Justo, el fundador de la liga atico-délica en el año 478-77, seguirá el mismo camino y la alternancia en el poder se mantendrá.

Años más tarde, en el 462 a. C., Efiálfes triunfará sobre Cimón y recortará un poco más los privilegios de los nobles, siguiendo la marcha lenta pero continua de ascenso en la conquista de cotas de poder para la mayoría. El aristocrático tribunal del Areópago, formado por exarcontes, perderá sus prerrogativas políticas o control de la Asamblea y del Consejo y quedará reducido a sus competencias originarias, es decir, a juzgar los delitos de sangre o, por lo menos, con este argumento se justifica la reforma.

El dominio que ejercía sobre la Asamblea fue sustituido por la *graphe paranomos* o acusación de la ilegalidad, cuyo procedimiento era el siguiente: cuando se efectuaba una proposición contraria a la ley ateniense, cualquier ciudadano podía iniciar un juicio contra quien hubiera presentado la moción, y, si se comprobaba la veracidad de la acusación, se le aplicaban a éste las máximas sanciones. El control, pues, cambia de manos: de un grupo restringido y privilegiado, pasa a ser ejercido por cualquier ciudadano.

Efiálfes fue asesinado poco después, seguramente como venganza de los nobles eupátridas, pero el testigo del *demos* pasaría a buenas manos, pues le releva Pericles²².

²² En *Las euménides* de Esquilo el Areópago juzga a Orestes en Atenas, que ha vengado la muerte de su padre Agamenón con otro crimen nefando, la muerte de su propia madre Clitemestra. La votación del tribunal dará un empate que resuelve la diosa Atenea

Pericles seguirá sumando peldaños al escalón de la participación popular. En el año 457-56 la tercera clase, los *zeugitai* o modestos campesinos, reconocen su derecho a aspirar al arcontado. Y en el 451-50 se aprueba la *misthophoría* o pago por el desempeño de las funciones de consejero (cinco óbolos), de arconte (cuatro óbolos), de juez (dos óbolos) y de los 350 magistrados o funcionarios para compensar la pérdida de los ingresos privados que el desempeño de la función pública les ocasionaba y posibilitar la participación efectiva de los ciudadanos, sobre todo de los más modestos, en las instituciones.

Aristófanes, en su comedia *Las avispas*, explota los efectos cómicos de este pequeño sueldo, pero que tan bien era recibido en la familia de los *dikastai* o jueces. Además, un poco antes, en 425 a. C., Cleón lo había subido a tres óbolos.

Por la misma época se restringen los derechos de ciudadanía ateniense. Sólo los hijos de padre y madre atenienses se considerarán ciudadanos con todos sus derechos y deberes. ¿A qué se deben estas restricciones? Naturalmente, al hecho de que los atenienses van adquiriendo una situación privilegiada que es codiciada por los demás griegos. La afluencia a Atenas es grande y los griegos que reúnan esa condición se tendrán que contentar con engrosar la lista de *methecos* y dedicarse a sus negocios sin participar de los derechos políticos y de los beneficios que reciban del Estado los atenienses.

En el exterior los objetivos propuestos por Pericles son: afianzar el poder marítimo y extender su influencia por el Este y el Oeste. Para ello realizará una expedición al Ponto Euxino o Mar Negro y fundará las colonias de Turios en la Magna Grecia o sur de Italia y Anfípolis en Tracia, en una época en que ya ha pasado la etapa histórica de la gran colonización griega del Mediterráneo. Anfípolis, fundada cerca de las minas del Pangeo, le asegurará además la madera necesaria para las naves de la que carece el Atica. Con la fundación de Turios (444-43) se pretende al mismo tiempo crear una ciudad modelo. Hombres tan conocidos como el historiador Heródoto, el sofista Protágoras de Abdera, que redactó su constitución, e Hipodamo de Mileto, que trazó sus planos, se cuentan entre sus colaboradores. La misma racionalidad que se intenta introducir en la política la aplica Hipodamo en la reconstrucción de su ciudad de Mileto, en el Pireo y en Turios, organizando el espacio urbano en grandes zonas funcionales diferenciadas que se corresponden con los diversos tipos de actividades políticas, administrativas, religiosas y económicas. Divide el territorio en tres sectores: el sagrado, reservado a los dioses; el público, reservado especialmente a los guerreros y el privado, asignado a los agricultores²³. El trazado de la futura Alejandría con sus rectas calles y diversas zonas administrativas seguirá estas líneas.

a su favor, deshaciendo el empate con su voto. Muchos ven en esta obra un apoyo de este argumento. Cr. R. Adrados, *La democracia ateniense*, pp. 147 y ss.

²³ J. P. Vernant, *Pensam. y mito...*, p. 237.

Asimismo, las *clerouquías* fueron un medio importante para ejercer el control de la liga atico-délica y el último tipo de colonia griega. Se distinguen de las primeras colonias —independientes políticamente—, pues las *clerouquías* están integradas en la metrópoli. Sus habitantes eran ciudadanos atenienses que se establecían en puntos estratégicos que Atenas deseaba tener controlados directamente. Aparte de esa finalidad militar, cumplían un fin económico y social al facilitar lotes de tierra, que es lo que significa la palabra, a los atenienses de las clases inferiores. Con Pericles aumenta su número considerablemente e incluso exige a los aliados que cedan parte de sus fértiles tierras para instalarlas.

Pericles fomenta las obras públicas iniciando en el año 447-46 a. C. la reconstrucción de la acrópolis con el tesoro de la liga, como vimos, que daría trabajo a los desocupados y a los *thetes* que viven de un jornal y, en general, promueve las obras de asistencia asignando pensiones a los inválidos, a las viudas de guerra y a los huérfanos, pues el Estado también tiene unas obligaciones con los ciudadanos, como son todas éstas y otras que recoge la palabra *filanthropia*, que pretenden corregir la desigualdad en el reparto de bienes, además de la ineludible defensa de la ciudad y la protección de la libertad individual²⁴.

Dentro de estas obras de asistencia de la *pólis* no se pueden olvidar las *leitourgeiai* o prestaciones públicas, una especie de impuestos indirectos que obligan a los ricos a atender determinados servicios. Son tres: *coregos*, encargados de correr con los gastos de las representaciones teatrales; *gymnasiarcos*, que debían sufragar los gastos de las palestras o instalaciones deportivas y de las competiciones en general, y *trierarcos* o encargados de los gastos de equipamiento y funcionamiento de cada nave de guerra o trirreme.

En el año 449 se firma la paz con Persia, la llamada paz de Calias. Lógicamente, la liga ática ya no tenía razón de ser, pues sus fines estaban cumplidos. Sin embargo, la mayoría de los aliados fue obligada a jurar nuevos tratados con obligaciones nuevas. Además, los atenienses aprovechan las revueltas internas de las ciudades para intervenir y promover la instauración de regímenes democráticos, si bien no aplican el mismo criterio en el gobierno de la confederación. El control ejercido por las *clerouquías*, el traslado del tesoro de la liga desde la isla de Delos a Atenas y su empleo en provecho propio y sobre

²⁴ Según Aristóteles, *Pol.*, Z, 2, 1317 b-2, «la libertad consiste, por una parte, en el hecho de ser sucesivamente súbdito y gobernante, pues la noción popular de la justicia consiste en la igualdad de derechos para todos numéricamente hablando y no según el valor; y si tal es la noción de justicia, la masa es necesariamente soberana: es la decisión de la mayoría la que cuenta en último término y la que es el derecho...; por otra parte, la libertad consiste en que cada uno es libre de vivir como le plazca... Tal es, pues, el segundo signo distintivo de la democracia, de donde ha surgido la pretensión de no tener amos. Si es posible, de no tenerlos de ninguna clase; y, si esto resulta imposible, de ser sucesivamente amo y súbdito, pues es de esta manera como se tiende a realizar la libertad en la igualdad de todos». (Trad. de Festugière en *Libertad y civilización entre los griegos*, Buenos Aires, 1972, pp. 13 y 14).

todo la rebelión de la isla de Samos en el año 441 a. C., que fue sitiada y castigada severamente (el propio Pericles y el noble Sófocles participaron como estrategos) no dejan ninguna duda sobre el cambio de la originaria *symmakhía* o alianza en una *arkhé*, en un imperio.

Tucídides lo dice abiertamente por boca de los mitilénios de la isla de Lesbos: «La alianza entre nosotros y los atenienses se originó cuando vosotros abandonasteis la guerra contra los persas, mientras que ellos perseveraron para acabar lo que quedaba por hacer. Sin embargo, no nos hicimos aliados de los atenienses para esclavizar a Grecia en su beneficio, sino aliados de los griegos para libertar a Grecia de los persas en el suyo propio. Y mientras los atenienses tuvieron la hegemonía en calidad de iguales, marchamos con ardor a su lado; mas cuando vimos que disminuía su enemistad con los persas y se afanaban en esclavizar a los aliados, no permanecemos ya tranquilos»²⁵.

Así podemos decir: «El privilegio histórico de Atenas es el de haber sido la tierra de las grandes experiencias políticas. Ella inaugura no sólo el gobierno directo del pueblo por el pueblo, sino también el gobierno de un imperio por el pueblo»²⁶.

El prestigio, la autoridad, la elocuencia y el poder de convicción de Pericles, y sobre todo su moderación, consiguieron mantener cierto equilibrio y evitar nuevas tensiones. Pasada «la crisis de los años cuarenta»²⁷, consigue aún mayor influencia y es elegido estratego durante quince años casi sin interrupción hasta su muerte en 429 a. C., víctima de la famosa peste de Atenas. Antes de la guerra del Peloponeso pudo sentirse orgulloso de su obra. Atenas conoce un período de tranquilidad y esplendor admirable; jamás había estado tan unida ni había sido tan poderosa; jamás su imperio había tenido tanto prestigio y le había procurado tanto provecho. La acrópolis con los nuevos templos reconstruidos y otros en proyecto, se convierte en el más bello conjunto monumental del mundo griego. Era todo un símbolo y a la vez la mejor propaganda de la nueva Atenas. Los hombres que le rodean, el historiador Heródoto, el filósofo Anaxágoras, el sofista Protágoras, el escultor Fidias, el arquitecto Hipodamo de Mileto el poeta trágico Sófocles y hasta su misma esposa Aspasia son la mejor muestra de este esplendor en todos los órdenes.

Grande es la admiración que siente por Pericles el historiador Tucídides: «Creían que era el más útil para lo que necesitaba la ciudad toda; porque durante todo el tiempo que, en la paz, estuvo al frente de la ciudad, la conducía con moderación y la guardaba con seguridad, y bajo su mando se hizo muy poderosa; y una vez que estalló la guerra, es evidente que en esta misma coyuntura previó su fuerza... y cuando murió, se reconoció mejor el acierto de sus planes de guerra... La causa era que Pericles, que poseía gran auto-

²⁵ Tuc., III, 10, 3-4.

²⁶ María A. Galiana, *La dem... Esparta y Atenas*, p. 37.

²⁷ Domingo Plácido, *Protágoras y Pericles...* p. 9.

ridad por su prestigio e inteligencia y era inaccesible manifiestamente al soborno, contenía a la multitud sin quitarle la libertad, y la gobernada en mayor medida que era gobernado por ella... Y era aquello oficialmente una democracia; pero, en realidad, un gobierno del primer ciudadano»²⁸.

La gran contradicción de Pericles y la democracia ateniense está en la utilización de criterios distintos según se trate del gobierno de Atenas o del mundo de los aliados. Mientras que con los atenienses se fomenta la igualdad, la participación y la libertad de todos los ciudadanos, a los aliados el democrático pueblo ateniense, su nuevo amo, les niega esa misma igualdad, participación y libertad que reclama para sí en Atenas.

Por eso no es sorprendente que con los nuevos jefes radicales y demagogos como Cleón, Alcibíades y otros se rompa el aparente equilibrio y surjan las tensiones internas entre oligarcas y *demos* hasta llegar a una guerra civil *de facto* y a preferir cada bando la victoria de los enemigos de Atenas, si con ella aplasta a su adversario político, y, las tensiones externas entre Atenas y sus aliados, causa principal de su derrota, como reconoce Tucídides: «Ellos hicieron todo lo contrario, y además se lanzaron, por ambiciones e intereses particulares, a muchas otras empresas... con perjuicio para sí mismos y para sus aliados; empresas que, si tenían éxito, eran un beneficio más bien para individuos particulares... Los políticos que le sucedieron... cambiaron de conducta hasta el punto de entregar el gobierno al pueblo, siguiendo sus caprichos... a causa de las difamaciones de que individuos particulares hacían objeto a otros por obtener la jefatura del partido popular, debilitaron las fuerzas del ejército, y por vez primera promovieron disturbios por causa de los asuntos públicos... y no cedieron antes de ser derrotados por su propia culpa, a causa de las rivalidades internas en que cayeron»²⁹.

II. Teoría o filosofía política

Vamos a recordar ahora cómo veían la política los griegos desde el punto de vista puramente teórico. Por obvias razones, nuestra atención se detendrá sólo en dos obras que consideramos muy significativas: en la historia de Tucídides y en *La república de los atenienses*.

Hay otra obra de esta época, el *Anónimo de Yámblico*, desgraciadamente perdida y sólo conocida a través de amplias citas en el *Protréptico* de Yámblico, de ahí su nombre, que es muy interesante por sus teorías sobre el origen de la tiranía. «La tiranía, dice, este mal tan grande, tan funesto, no tiene otra causa que el abandono de las leyes... es locura pensar que pueda surgir... un tirano por otra causa... De hecho, esto no sucede sino cuando la ciudad toda

²⁸ F. R. Adrados, *Tucídides. Historia de la guerra del Peloponeso*, Madrid, 1967, 2.ª ed., páginas 284-85.

²⁹ F. R. Adrados, *ibid.*, pp. 284-86.

entera se ha entregado al mal, ya que no es posible que los hombres puedan vivir sin ley ni justicia. Cuando estas dos cosas, la ley y la justicia, son abandonadas por el pueblo, la vigilancia y la custodia pasan a manos de un solo hombre... Este hombre que abolirá la justicia y suprimirá la ley común y útil del pueblo, preciso es que tenga un corazón de hierro, puesto que él solo contra la multitud debe arrancar a esa multitud la ley y la justicia»³⁰.

Realmente, en Atenas el exceso de libertad trajo la derrota, pero no la tiranía. La historia nos dice que el régimen de los Treinta fue impuesto por Esparta y que las tiranías anteriores de los siglos VII y VI se establecieron como consecuencia de las luchas sociales entre los nobles y el pueblo. El tirano es un noble que se pone al servicio del pueblo y asume sus reivindicaciones contra los privilegiados.

Platón seguirá por la vía iniciada en el *Anónimo*: «Cuando un Estado democrático, trastornado por la libertad, está encabezado por malos escanciadores, no conoce ya medida y se embriaga de libertad puda; entonces, si quienes gobiernan no son extremadamente complacientes y no le dan una completa libertad, son acusados y castigados como criminales y oligarcas...». En resumen, la anarquía reina por doquier y llega entonces la hora del tirano. «Henos aquí... llegados a lo que todo el mundo denomina tiranía, y al querer el pueblo evitar, como se dice, la vanidad de la esclavitud al servicio de los hombres libres, cae en el fuego del despotismo de los esclavos y, a cambio de esta libertad extrema y desordenada, toma la librea de la más dura y más amarga servidumbre, haciéndose el esclavo de los esclavos»³¹.

Según se ha podido vislumbrar en este breve fragmento, hay un retrato magnífico del tirano y de la situación que lo aúpa al poder —y recuérdese que para Platón el tirano es el *summum* de la degradación personal y social—; pero, como ya indicó Aristóteles en su *Política* E 10 1316 a 1 b 27, esta maravillosa descripción del genial escritor no tiene nada que ver con la realidad de los hechos.

Tucídides, autor de *La guerra del Peloponeso*, historia escrita con un rigor admirable y una actitud imparcial, estratega ateniense, fue desterrado en el año 424 a. C. por cargar con la responsabilidad de la toma de Anfípolis por el lacedemonio Brásidas, *pólis* que pertenecía a la zona norte de Tasos, cuya vigilancia estaba encomendada a sus trirremes. A lo largo de su obra va narrando los acontecimientos por inviernos y veranos y simultáneamente las ideas que los sustentan por medio de los discursos que pone en boca de los personajes más importantes de cada momento.

Tucídides, hombre pragmático, se preocupa por encontrar la explicación razonable que todo hecho tiene indudablemente, y además pretende que sea una explicación válida para todos los tiempos. La historia, en este sentido, es una adquisición para siempre, *ktema eis aei*, un valor intemporal, y así

³⁰ A. J. Festugière, *Libertad y civilización*, pp. 31 y ss.

³¹ A. J. Festugière, *ibid.*, pp. 34 y ss.

como ve una causa verdadera, *aitía*, real, de la guerra del Peloponeso, que es el enfrentamiento entre Atenas y Esparta y el mutuo recelo ante el temor de que una se imponga definitivamente sobre la otra y ahogue sus mercados, y una causa aparente o pretexto, *prófusis*, que es la chispa que enciende la guerra, como puede ser la revuelta de la isla de Corcira (Corfú) o el decreto megarense o el sitio de Potidea (en la península Calcídica), etc., así también las relaciones entre las *póleis* y especialmente el dominio de unas sobre otras, como en el caso del imperialismo ateniense, se explican por causas más profundas y que se pueden resumir en tres leyes que inexorablemente se cumplen siempre ³²:

Primera, una ley política: la *pólis* que tiene un imperio es detestada por sus súbditos y no tiene más salida que procurar conservarlo o sucumbir.

Segunda, una ley psicológica: la naturaleza humana no se contenta nunca con lo que tiene y ambiciona cada vez más.

Tercera y más decisiva, una ley filosófica, general para todos los Estados: el más fuerte impone siempre su voluntad. El más fuerte busca únicamente su conveniencia.

Son muchos los pasajes y hechos (revueltas de Samar, 441; de Mikilene, 428; toma de Melos, 416) que podríamos aducir. Escojemos sólo algunos ejemplos ³³: «Lucháis... también por evitar la pérdida de vuestro imperio y el peligro resultante de los odios que os atrajisteis en el mundo. Ni siquiera os es posible deponerlo, si es que alguno en la hora presente, temeroso, lo propone por pacifismo, dándoos de hombre de bien, pues lo habéis convertido ya en una tiranía, cosa cuya consecución se considera injusta, pero el renunciar a ella, peligroso» (Pericles es quien habla en el segundo año de la guerra).

«No os dais cuenta de que vuestro imperio es una tiranía sobre gentes que urden intrigas y están dominadas contra su voluntad; gentes que no os obedecen por los favores que los hagáis con perjuicio propio, sino por la superioridad que os da vuestra fuerza y no su amistad.»

«No hemos hecho nada digna de extrañeza ni fuera de la naturaleza humana al aceptar un imperio que se nos daba y no abandonarlo cediendo a los tres motivos más fuertes: la honra, el miedo y el interés; dado, por otra parte, que en esto no hemos sido los primeros, sino que siempre ha sido normal que el más débil sea reducido a la obediencia por el más poderoso, y que además creemos ser dignos de ello, y a vosotros mismos os lo parecíamos hasta ahora, calculando vuestros intereses, utilizáis el lenguaje de la justicia, que ninguno, siéndole posible adquirir algo por la fuerza, ha tomado en consideración rehusando por ello una ventaja. Y son dignos de alabanza los que, llevados por la humana naturaleza a imperar sobre otros, sean más justos

³² F. R. Adrados, *La democracia ateniense*, Madrid, 1975, p. 330.

³³ F. R. Adrados, *Tuc. Historia de la guerra del Peloponeso*, pp. 281 y ss.

de lo que corresponde a sus fuerzas. Pues creemos que si otros tomaran nuestro imperio, harían ver muy bien nuestra moderación...». Es que los que pueden usar de la violencia no necesitan ya someterse a juicio... en ese caso ni ellos mismos negarían que es preciso que el más débil ceda ante el poderoso.» «... Nuestro imperio parece difícil de llevar, y con razón: pues el presente es siempre duro para los sometidos.»

Esta cita es muy reveladora, no sólo por ser una prueba de las leyes que se acaban de enumerar, sino también por la equididad moderación de que hace gala. Este alarde de bondad forma parte de lo que nosotros llamaríamos «guardar las formas» y entra también dentro del cálculo de lo conveniente, del cálculo del interés, si se piensa que la fuerza bruta no es el medio más adecuado la mayoría de las veces para lograrlo y a la larga termina debilitando a quien la emplea abusivamente, pues le quita adeptos. «Es, por tanto, inteligente no abusar del triunfo»³⁴. Obviamente, esta actitud es lo que se conoce con el nombre de pragmatismo político.

Por otra parte, la cita revela también el rechazo rotundo de la moral como criterio para juzgar los hechos políticos y sociales. En estas cuestiones Tucídides no puede admitir el moralismo socrático-platónico. Lo conveniente, el interés, en su sentido más amplio, es la gran regla del juego político y sólo en una situación de igualdad al argumento de lo justo o injusto puede inclinar la balanza un lado o a otro³⁵.

La república de los atenienses ocupa un lugar especial en la historia de la literatura griega tanto por su contenido político, tema poco frecuente, como por su forma, pues es la primera obra en prosa que conservamos escrita en dialecto ático.

Es una crítica de la actuación política del *demos*, de los medios que emplea para mantenerse en el poder y de los fallos que presenta, hecha por un adversario lúcido, esto es, por un oligarca que conoce bien la talla y los secretos de sus contrarios. Los filólogos ingleses la conocen con el nombre del *Viejo oligarca* (Old Oligarch).

Los grupos oligárquicos (heterías) analizan las ideas fundamentales de los partidarios del *demos*, los nuevos valores que implantan (para ellos una verdadera degeneración, pues toda virtud va unida a la nobleza), los errores de su actuación concreta, y todo ello va creando una doctrina con sus lógicos tópicos, máxime en adversarios políticos. Dentro de este ambiente hay que situar *La república de los atenienses*. Como nos recuerda R. Lesky³⁶, hay alusiones y escritos efímeros (escolios, elegías, epigramas) sobre estos enfrentamientos políticos y sus tensiones consiguientes, especialmente hacia el año 444-

³⁴ F. R. Adrados, *La democracia ateniense*, p. 335.

³⁵ Como contrapunto, véanse unas declaraciones de nuestros días: «La matanza fue moralmente injustificable, pero no debe afectar a la política exterior norteamericana.» Kissinger añadió que la política exterior debe estar basada en los intereses nacionales «y no en elementos humanos». (*La Provincia*, 25-IX-1982.)

³⁶ A. Lesky, *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1976, pp. 482 y ss.

443 a. C., fecha decisiva para la política interna de Atenas, que decidió la suerte de la democracia en los años posteriores, al imponerse Pericles sobre su rival Tucídides el de Melesias, que fue condenado al ostracismo, como se dijo antes.

Estas *heterías* o grupos de oligarcas, sobre todo si están en el destierro, no se mantienen pasivos, la historia de diversas *pólis* (Tebas, la misma Atenas, Sición, Samos... lo atestiguan), y, ayudados por Esparta, acechan el momento adecuado para apoderarse del poder, es decir, son focos de conspiración permanente. Precisamente se piensa que esta obra es una advertencia a estos círculos contra posibles aventuras abocadas al fracaso ante un régimen democrático bien consolidado.

El opúsculo consta de tres capítulos, los dos primeros de veinte párrafos y el tercero de doce. El primer capítulo es una fundamentación teórica del régimen democrático enfocada desde el ángulo o posición oligárquico. El segundo está dedicado, casi exclusivamente, al análisis de las fuerzas con que cuenta la democracia y a sus consecuencias, esto es, a la flota y al consiguiente dominio del mar. El tercero se extiende en una larga crítica de los defectos o inconvenientes de la democracia, centrada fundamentalmente en la lentitud con que se despachan los asuntos públicos, consustancial con el régimen que lleva implícito la adopción de medidas por un colectivo.

En el primer capítulo las ideas o principios fundamentales son los siguientes:

— Hay un vuelco de las clases tradicionales (1, 10, 11, 12) o nivelación de las mismas (13); también hay conciencia de clase (4, 5, 6, 7, 14), si se puede usar este término. Véase 1, 4: «Los verás...» (cita de cuartilla 1).

«Los verá manteniendo la democracia en eso mismo que sorprende a algunos: que otorgan en toda ocasión más poder a los de baja condición, a los pobres y a los partidarios del pueblo que a las personas importantes. Pues lógicamente, si se favorece a los pobres, a los partidarios del pueblo y a las personas más débiles, como son muchos los favorecidos de esa forma, engrandecen la democracia. Mas, si se favorece a los ricos y a las personas importantes, los partidarios fomentan una fuerte oposición contra ellos.»

«En todo el mundo la clase privilegiada es contraria a la democracia...»

(La traducción de estos textos de *La república de los atenienses* está tomada de los *Opuscula* u *Obras menores* de Jenofonte, preparada por mí para la B. C. de la Editorial Gredos.)

— La libertad del pueblo está reñida con el poder de la nobleza (4, 8, 9). Nobleza es igual a virtud, en su sentido más amplio, esto es, se corrobora la doctrina tradicional que asocia las virtudes a los nobles y, por contraste, lo malo con las clases bajas (1, 5, 7, 9, 13). Véase, por ejemplo, 1, 9: «Si buscas...» (cita de cuartilla 2).

«Si buscas un buen gobierno, verás, primero, a los más capacitados establecer leyes, después, las personas importantes reprimirán a los de baja condición, decidirán en consejo sobre el país y no permitirán a los hombres exaltados ser miembros del Consejo ni intervenir ni celebrar asambleas. Como consecuencia de esas excelentes medidas, muy pronto el pueblo se verá abocado a la esclavitud.»

— El régimen democrático no se inspira en los criterios de justicia tradicional, sino en la utilidad para la mayoría (1, 2, 4, 7, 8, 10, 11, 13, 14, 16). Cr. 1, 2: «Allí...» (cita de cuartilla 3).

«Allí es un derecho que los pobres y el pueblo tengan más poder que los nobles y los ricos por lo siguiente: porque el pueblo es el que hace que las naves funcionen y el que rodea de fuerza a la ciudad, y también los pilotos y los comités y los comandantes segundos y los timoneles y los constructores de naves. Estos son los que rodean a la ciudad de mucha más fuerza que los hoplitas y los nobles y las personas importantes. Puesto que así es realmente parece justo que todos participen de los cargos por sorteo y por votación a mano alzada y que cualquier ciudadano pueda hablar.»

«Y en los tribunales no les importa una sentencia justa sino mucho más su propia conveniencia.»

- El régimen apoya a las clases bajas (2, 3, 4, 6, 7).
- Todas las clases participan en el gobierno (2, 3, 6).
- Se fomentan los intereses comerciales o de la flota y en ella está su fuerza (2, 19, 20).
- Contraste evidente con Lacedemonia (11).
- Hay que aceptar la realidad de los hechos (1).

Las ideas claves explícita o implícitamente formuladas en el segundo son las siguientes:

— En lo referente al ejército ateniense hay una planificación de acuerdo con su posición estratégica: una flota poderosa como apoyo principal y un ejército de tierra modesto pero superior al de sus aliados (1).

— Los súbditos se someten por necesidad o fuerza (2, 3, 4). Véase 2, 3: «De...» (cita de cuartilla 4).

«De las ciudades del continente sometidas por los atenienses, las grandes se someten por necesidad. En efecto, no existe ningún país que no necesite importar o exportar algún producto. Y, por supuesto, eso no será posible, si no es súbdito de los que dominan el mar.»

«Ellos (los atenienses) son los únicos capaces de apoderarse de la riqueza de helenos y bárbaros, pues si un país es rico en madera adecuada para la

construcción de barcos, ¿a dónde la podrá exportar si no es dueño del mar? ¿Qué ocurrirá si un país es rico en hierro o cobre o lino? ¿A dónde lo podrá exportar si no convence al que domina el mar?...»

«Además de eso, no permitirán llevar los productos a otro lugar a donde haya adversarios nuestros o no podrán utilizar el mar. Ciertamente, yo sin hacer nada, tengo todos esos productos de la tierra gracias al mar...»

— La hegemonía marítima o talasocracia controla y explota los recursos básicos y los superfluos de los aliados (3, 6, 7, 8, 11, 12). Cf. 2, 11: «Ellos...» (cita de cuartilla 4).

— La hegemonía marítima es más ventajosa que la terrestre o continental por la mayor movilidad de sus fuerzas (4, 5, 13).

— Atenas busca una estrategia basada en la superioridad por mar: actuar como si fuera una isla (14, 15, 16). Véase 2, 14: «En cambio...» (cita de cuartilla 5).

«En cambio, les falta una sola cosa. En efecto, si los atenienses viviesen en una isla y fuesen dueños del mar, podrían hostigar y no ser hostigados... Ahora someten los enemigos principalmente a los agricultores ricos, mas el pueblo que sabe bien que los enemigos no quemarán ni saquearán ninguna cosa suya, vive sin temor sin someterse a ellos...»

«En resumen, puesto que por su origen no tuvieron la suerte de vivir en una isla, ahora hacen lo siguiente: depositan sus bienes en las islas, confiados en su dominio del mar, y miran con indiferencia que el territorio del Atica sea devastado...»

— La Asamblea del *demos* es irresponsable por apoyarse en la masa (17).

— La elección del grupo o bando político no coincide necesariamente con el esperado por la pertenencia a una clase (19, 20).

— Es difícil juzgar con ecuanimidad al adversario sin introducir elementos irracionales o pasionales (20).

— La suerte es un factor importante con el que hay que contar (2).

— Atena tiene un espíritu abierto o cosmopolita frente al espíritu cerrado de los demás (8).

— La democracia tiende a nivelar las clases (9, 10).

— El criterio que mueve al *demos* es su utilidad o interés y no la justicia (17, 18).

— Los intereses de los nobles chocan con los del pueblo (19).

No se sorprenda si algunas ideas se repiten en los diferentes capítulos, pues el tratadito se caracteriza, entre otras cosas, por su reiteración.

En el capítulo tercero encontramos las siguientes:

— Es consustancial con la democracia discutir todos los asuntos a través de sus instituciones (Asamblea, Consejo, jurados), lo que conlleva una gestión lenta (1, 9).

— No se puede cambiar esta situación sin acabar con el mismo sistema democrático (8, 9).

— Las soluciones aplicadas dentro del sistema no lo resuelven, sólo lo mitigan (8).

— La democracia es sinónimo del mal gobierno. El buen gobierno es inseparable de los nobles y la historia corrobora que éstos son sus enemigos natos (10, 11).

— La administración ateniense es sobornable (Asamblea, Consejo, Jurados) (3, 7).

— La democracia respeta los derechos fundamentales de sus adversarios como norma general (12).

— La democracia está sólidamente consolidada (12).

— En Atenas se vive mejor y se trabaja menos (doble número de fiestas) (2, 8).

Es obvia la coincidencia de ideas entre el tratadito y la obra de Tucídides y también con *Los caballeros* de Aristófanes. Attilio Levi³⁷ compara en particular el opúsculo con el *diálogo de los melios*. La utilidad, la fuerza como único principio, manifestada principalmente en la flota, la explotación de los aliados son ideas comunes, y bajo ellas está la semilla de una nueva civilización basada en la afirmación de la dignidad humana.

No hace falta contrastar punto por punto para demostrar que las mismas leyes de Tucídides rigen también aquí la actividad política. Como ejemplos de la primera ley política pueden verse estos párrafos: 1, 15, 16, 17; 2, 3. De la segunda o psicológica: 2, 7, 8, 11, 12. De la tercera o ley del más fuerte: 1, 2, 4, 7, 8, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20; 2, 1, 3, 4, 5, 13, 14; 15.

La moral también queda fuera de sus cálculos. El pragmatismo, a pesar de algunas afirmaciones duras, más aparentes que reales, es innegable, si hacemos una lectura reposada: 1, 1, 3; 2, 3, 19; 3, 2, 12. Asimismo, en este cómputo entre el desprestigio del adversario para restarle fuerza: 1, 5, 7, 9, 13; 2, 17, 18, 19, 20; 3, 3. Y, lo que es muy significativo, se ve que los atenienses viven mejor y son más libres: 2, 7, 8, 9, 10; 3, 2, 8.

Y detrás, para acabar, está la cuestión económica, para ellos lo conveniente, lo útil, que es imposible silenciar y aflorar con doquier. ¿Por qué esos planes de guerra que convierten a Atenas en una isla rodeada por los Muros largos y por el mar? Pues, muy sencillo, porque hay unos intereses comerciales y marítimos de las clases medias e inferiores que son los que favorecen frente a unos intereses agrarios de sus adversarios políticos, los oligarcas, que se ignoran. Que los lacedemonios talan los olivos del Atica e incendian las cose-

³⁷ M. Attilio Levi, *La lucha política en el mundo antiguo*, Madrid, 1967, pp. 131 y ss.,

chas, no importa. Ahí nos las den todas. Pierden los oligarcas. El *demos* defiende lo suyo en el mar (Cr. 1, 2; 2, 1, 3, 6, 7, 11, 12, 14, 15, 16).

Pero no exageremos y volvamos a la *praxis* política. Hasta Cleón y Alcibíades hay un ten con ten y ambos grupos participan y colaboran en la tarea común. Los enfrentamientos se agudizarán al avanzar la guerra y, al intentar el *demos* aplastar a los oligarcas y viceversa, vendrá la ruina de ambos.

Para terminar, obsérvese que sobre todo este panorama corre un viento nuevo, es la razón que se quiere imponer sobre los privilegios, sobre los egoísmos; hay un proyecto político que pretende alcanzar la meta, siempre lejana, de la libertad, del bienestar, de la igualdad, de la participación de todos los miembros de la sociedad. Esto es la democracia. Ahí está lo moderno, el presente y el futuro, dentro de ese escenario muy alejado, no se olvide, en el tiempo y en el espacio, y muy reducido también.

En este sentido y en tantos otros hay que entender la frase de quien nos dejó hace poco de Xavier Zubiri: «Los griegos? Los griegos somos nosotros».

Bibliografía

- J. ALSINA: *Literatura griega*, Barcelona, 1967.
- M. ARAÚJO: *Platón. Obras completas*, trad. del griego, preámbulo y notas por... Madrid, 1972.
- ARISTÓTELES: *La constitución de Atenas*.
- M. ATTILIO LEVI: *La lucha política en el mundo antiguo*, Madrid, 1967.
- C. M. BURR: *La Atenas de Pericles*, 2.ª ed., Madrid, 1979.
- B. FARRINGTON: *Ciencia y política en el mundo antiguo*, Madrid, 1965.
- A. J. FESTUGIÈRE, O. P.: *Libertad y civilización entre los griegos*, Buenos Aires, 1972.
- MARÍA A. GALIANA: *Esparta y Atenas. La democracia ateniense* (Cuadernos de Estudio, 4, Historia Universal), Madrid, 1979.
- OSWYN MURRAY: *Historia del mundo antiguo. Grecia antigua*, Madrid, 1981.
- D. PLÁCIDO: «Protágoras y Pericles», *Hispania antiqua*, II (1972), pp. 7-19.
- F. RODRÍGUEZ ADRADOS: *Tucidides. Historia de la guerra del Peloponeso*. I-III. trad. de... Madrid, 1967.
- : *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos*, I-II, Barcelona, 1956.
- : *La democracia ateniense*, Madrid, 1975 (es una 2.ª ed. adaptada y reducida de *Ilustración y política en la Grecia clásica*).
- A. TOVAR, M. S. RUIPÉREZ: *Historia de Grecia*, Barcelona, 1963.
- J. P. VERNANT: *Pensamiento y mito en la Grecia antigua*, Barcelona, 1973.